

## Comentarios Generales

### **HECHOS 2, 42-47:**

Es un cuadro encantador de la Iglesia naciente: La Iglesia Madre de Jerusalén. San Lucas deja constancia de estos rasgos que distinguen desde el principio a la Iglesia de Cristo:

— Ocupaciones: «Se entregaban con asiduidad a recibir la instrucción de los Apóstoles, a la mutua ayuda, a la fracción del pan, a la oración» (42). Palpita fuerte el Espíritu de Pentecostés: Luz de la predicación y de la oración. Fuego de Eucaristía y de caridad.

— Vínculo: El rasgo más radiante de la Iglesia naciente es la Unidad. Unidad que radica en la presencia integradora y dinámica de Cristo. Unidad que llega hasta la comunidad de bolsa y de bienes. Es que a más del Bautismo y de la fe que los hermana, celebran en clima de paz y júbilo el Sacramento-Banquete (46), signo y vínculo, fuente y hogar de la caridad y unidad.

— Expansión: Este testimonio viviente era también un mensaje viviente del Evangelio. De ahí el dinamismo expansivo de aquella primera Comunidad, célula primera del organismo que hoy llamamos Iglesia Católica. La frase que usa San Lucas para expresar el crecimiento de la Iglesia señala primero un desarrollo interior y luego una expansión exterior. No podemos nunca cambiar los términos de esta ley vital. El corazón de la Iglesia debe latir cada día más vigoroso; el Espíritu Santo debe inundarla de creciente luz, vigor y caridad. Con esto, la expansión geográfica o masiva no debe nunca satisfacernos si queda depauperada la vida interior; si sólo tenemos cristianos de nombre. La Iglesia debe vigorizarse y dilatarse. Esta segunda función depende de la primera. Y la expansión sana es el signo de un sano vigor interno: La Eucaristía, Sacramento Pascual, asegura la unidad y vitalidad de la Iglesia: Offerimus praeclarae Majestati tuae: Hostiam puram, Panem sanctum vitae aeternae et calicem salutis perpetuae (Prex Euc I).

### **1 PEDRO 1, 3-9:**

En la Carta de Pedro se entremezclan la doctrina y la exhortación. En el presente pasaje nos propone el plan salvífico de Dios. Pedro lo expone a la luz del misterio Trinitario:

— Los expositores consideran los vv 3-12 como un himno de la Liturgia bautismal. Y contiene la confesión de fe en el misterio Trinitario. En la obra Salvífica vemos la Obra de la Trinidad: Obra del Padre, cuya misericordia y bondad es la razón última de nuestra elección y salvación. Obra del Hijo que se encarna, sufre, muere y resucita por nuestra Redención (3-5). Obra del Espíritu Santo, que la preparó iluminando a los Profetas y la actualiza con los raudales de luz y de gracia que nos da mediante la predicación y los sacramentos (10-13).

— Esta Obra que Pablo llama: «Nueva creación» (2 Cor 5, 17), Pedro la llama: «Regeneración» (3): Renacemos a una vida nueva; vida que es «Herencia incorruptible, incontaminada, perennemente lozana» (4). En la segunda Carta de Pedro se nos dice que esta vida nueva «nos hace partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). Tanto, que en virtud de ella nos llamamos y somos hijos de Dios, herederos de Dios (Rom 8, 17).

— Esta nueva vida tiene sus leyes de nacimiento, progreso y madurez. Nacemos a ella por el Bautismo y la fe (5). En el crisol de las pruebas se vigoriza. Sometido a prueba el cristiano responde con esperanza jubilosa (6) y caridad ferviente (7). Y el amor de Cristo, a prueba de persecuciones, se torna más firme y fiel (8). Con ello la vida del cristiano se dispone al premio. Lo espera «con gozo inefable y radiante de gloria» (8); gozo que nunca se nubla; gozo que nos prepara la Salvación consumada: «Dignos de alabanza, gloria y honor en el Advenimiento de Jesucristo» (9): Quia mors nostra est ejus morte redempta, et in ejus resurrectione vita omnium resurrexit. (Praef.).

### **JUAN 20. 19-31:**

Nos narra el Evangelista los regalos que nos trae el Resucitado:

— Los Profetas nos los tenían prenunciados para la Era Mesíasica (1 Ped 1, 11), pero Cristo nos los trae con una riqueza y esplendidez que supera toda previsión. De entre estos regalos notemos con el Evangelista: a) La Paz. La Paz para un semita significaba todo bien y toda dicha. Ahora es la Paz Mesíasica: «La paz os dejo; mi paz os doy. No es cual la del mundo la que Yo doy» (Jn 14, 27). b) El Gozo, Gozo Mesíasico que inundará a la Iglesia y a los fieles aun en medio de las persecuciones: «Mi gozo estará en vosotros y vuestro gozo será colmado» (Jn 15, 11). c) El Espíritu Santo: El «soplo» de Dios (Gen 2, 7) animó al Adán primero. El «soplo» del Resucitado nos transfiere la vida del Adán Nuevo. Cristo nos hace partícipes de su Vida y Filiación. d) El perdón de los pecados. El Resucitado, que los ha expiado todos (Jer 31, 34; Ez 37, 9), deja a su Iglesia el poder de perdonarlos todos.

— El Resucitado constituye a los «Doce» sucesores de su Obra y de su misión; y les otorga su autoridad y poderes (21-22): Perdonar pecados. Dar paz y gozo. Dar Espíritu Santo. Dar vida divina a las almas: A cuantos se adhieren a Cristo por la fe.

— La Iglesia guarda como su mejor fórmula de fe la que Tomás, vuelto al redil, expresa con estas palabras vibrantes de Gozo Pascual: « ¡Señor mío y Dios mío!» (28).

— Profesemos y afirmemos esta fe en el Resucitado: Per quem in aeternam vitam filii lucis oriuntur et fidelibus regni caelestia atria reserantur. (Praef.)

— Cuantos han tenido experiencia sobrenatural de la Resurrección se convierten en testigos y mensajeros. La fe es un don a compartir, una llama que debe prender en todos los corazones. Magdalena (Jn 20, 17; Mt 28, 10) y los apóstoles pasearán por el mundo esta radiante luz. Luz que en el corazón de los cristianos es gozo y paz; es «Gracia» de Dios, pregusto de la

«Gloria»; y en sus labios es el «Aleluya» Pascual que hace de la Peregrinación aval seguro y anticipo jubiloso de la Patria.

— En la celebración de la Resurrección de Cristo celebramos nuestra propia resurrección (Rom 6, 1-11). La del pecado a la gracia que ya gozamos al presente; la de la muerte a la vida, que los sacramentos ahora nos prometen, nos preparan y nos garantizan.

(José Ma. Solé Roma, O. M. F., *Ministro de la palabra, ciclo A*, Ed. Herder, Barcelona 1979, pags 109-112)